

EL NUEVO TABLERO GEOPOLÍTICO DE MEDIO ORIENTE TRAS LA GUERRA ENTRE IRÁN E ISRAEL: RECONFIGURACIÓN DEL PODER, ALIANZAS Y AMENAZAS EMERGENTES

The new geopolitical tabletop of the Middle East after the Iran-Israel War: Reconfiguration of power, alliances and emerging threats

TCL Julio Figueroa Núñez³³

Resumen: El artículo analiza las transformaciones estratégicas tras el enfrentamiento entre Irán e Israel en 2025. A su vez, plantea que la guerra no es un evento aislado, sino que es la culminación de un proceso de rivalidad estructural y doctrinaria establecida en cuatro décadas de tensiones ideológicas, religiosas y geopolíticas. Desde esta perspectiva, el conflicto es la representación simbólica de la pugna por la hegemonía regional entre una potencia chiita revolucionaria como la iraní y un Estado liberal de orientación occidental como lo es Israel, dentro de un contexto volátil superior al de la primavera árabe.

Además, analiza el rol de los actores no estatales, el auge de la guerra híbrida y el impacto del Estrecho de Ormuz como punto crítico y estratégico de la seguridad energética mundial. De igual manera, describe las alianzas que se han suscitado recientemente en Medio Oriente, caracterizadas por su pragmatismo estratégico, cooperación táctica y rivalidad ideológica. Finalmente, propone tres escenarios prospectivos: contención estratégica, escalada regional y fragmentación prolongada.

Palabras clave: geopolítica, hegemonía regional, guerra híbrida, proxies, disuasión, actores no estatales, contención estratégica, fragmentación.

Abstract: This article analyzes the strategic transformations following the 2025 confrontation between Iran and Israel. It argues that the war is not an isolated event, but rather the culmination of a process of structural and doctrinal rivalry established over four decades of ideological, religious, and geopolitical tensions. From this perspective, the conflict is the symbolic representation of the struggle for regional hegemony between a revolutionary Shiite power like Iran and a Western-oriented liberal state like Israel, within a volatile context even more volatile than that of the Arab Spring.

Furthermore, it analyzes the role of non-state actors, the rise of hybrid warfare, and the impact of the Strait of Hormuz as a critical and strategic point of global energy security. It also describes the alliances that have recently emerged in the Middle East, characterized by their strategic pragmatism, tactical cooperation, and ideological rivalry. Finally, it proposes three prospective scenarios: strategic containment, regional escalation, and prolonged fragmentation.

³³ Oficial del arma de Artillería, Licenciado en Ciencias Militares, especialista primario de Estado Mayor de la Academia de Guerra del Ejército de Chile. Profesor de Academia en las menciones de Historia Militar y Estrategia y en Geografía Militar y Geopolítica, Magister en Educación Superior en la U. de los Andes, Licenciado en Educación en la U. Católica del Norte. Actualmente se desempeña como Profesor en la Academia de Guerra del Ejército del Departamento de Estrategia y Geopolítica. (julio.figueroa@acague.cl).

Keywords: geopolitics, regional hegemony, hybrid warfare, proxies, deterrence, non-state actors, strategic containment, fragmentation.

Introducción

El conflicto entre Israel e Irán ha pasado, en las últimas décadas, de una enemistad retórica a una confrontación estratégica multidimensional, intensificada por el estallido de una guerra directa en 2025³⁴. Este enfrentamiento no solo evidenció la acumulación de tensiones estructurales entre ambas potencias, sino que también marcó un punto de inflexión en el equilibrio geopolítico de Medio Oriente. La guerra dejó en evidencia el agotamiento del orden regional post-Primavera Árabe, la consolidación de nuevos bloques ideológicos y estratégicos, y la emergencia de formas de guerra híbrida donde los actores no estatales y el ciberespacio ocupan un lugar central.

Este artículo busca analizar el nuevo tablero geopolítico regional desde una perspectiva amplia, considerando tanto los factores históricos y doctrinales que permiten comprender el conflicto, como sus consecuencias estructurales en materia de seguridad, alianzas, gobernanza regional y proyección de poder. Es así como el autor busca sostener que la guerra entre Israel e Irán no puede entenderse como un episodio aislado, sino como la expresión más cruda de una disputa por la hegemonía regional, cuya resolución, de ocurrir, solo podrá darse dentro de un marco estratégico global en plena transformación. A través del estudio de antecedentes históricos, dinámicas post-estatales, rivalidades doctrinarias y escenarios prospectivos, se ofrece una visión integral del conflicto y sus derivaciones a corto y mediano plazo.

Israel-Irán: antecedentes inmediatos y causas estructurales

El enfrentamiento entre Israel e Irán no es un fenómeno repentino, sino la culminación de una larga escalada marcada por rivalidades estratégicas, religiosas y geopolíticas. Irán, como potencia chiita con aspiraciones de hegemonía regional, ha

³⁴ Entre el 12 y el 24 de junio de 2025, como una extensión del conflicto entre Israel y Hamás, Israel con el apoyo de Estados Unidos y algunos países occidentales, y la República Islámica de Irán, con apoyo del Eje de la Resistencia. El 13 de junio, las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) y el Mossad lanzaron un ataque sorpresa en Irán para impedir el avance de su programa nuclear, bajo el nombre de “Operación León Ascendente”. Irán respondió con la “Operación Promesa Verdadera III”, lanzando drones a ciudades israelí y amenazó con atacar bases militares y buques estadounidenses y de quienes apoyaran a Israel. El 22 de junio, Estados Unidos se involucró por primera vez en el conflicto directamente y atacó 3 centrales nucleares iraní. Luego, Irán respondió atacando la base aérea de Al Udeid (Catar). El 24 de junio, Estados Unidos anunció el alto al fuego de lo que denominó “la Guerra de los Doce Días”.

utilizado una red de proxies, como es el caso del grupo Hezbolá en el Líbano, milicias chiitas en Siria e Irak, y los hutíes en Yemen y los más conocidos últimamente Hamás, de manera de proyectar así su influencia en la región. Israel, por su parte, ha desarrollado una doctrina de disuasión ofensiva para contener esta expansión, considerando a Irán no solo una amenaza existencial por su programa nuclear, sino también por su cerco indirecto mediante actores no estatales (Mansour, 2024).

El conflicto entre Israel e Irán es uno de los más complejos del sistema internacional contemporáneo, no solo por su potencial de escalada regional e incluso global, sino también por las raíces estructurales, ideológicas y estratégicas que lo alimentan desde hace más de cuatro décadas.

Para lograr comprender este conflicto desde sus bases, es importante remontarse antes de la Revolución Islámica de 1979, donde Irán mantenía relaciones relativamente amistosas con Israel bajo el régimen del Sha Mohammad Reza Pahlaví. Ambos países compartían intereses estratégicos comunes, como contener al “panarabismo”³⁵ del presidente Nasser de Egipto y mantener vínculos con Occidente. Sin embargo, tras el ascenso del Ayatolá Jomeini y el establecimiento de la República Islámica, Teherán adoptó una retórica profundamente antiisraelí, considerando a Israel como el “régimen sionista ilegítimo” y un “enemigo del islam”. Desde entonces, la enemistad se ha estructurado en términos no solo geopolíticos, sino también ideológicos: mientras Israel se presenta como una democracia liberal occidental inserta en Medio Oriente, Irán se configura como un Estado teocrático revolucionario que aspira a liderar una yihad política contra lo que considera la dominación occidental e israelí sobre el mundo musulmán (Nasr, 2024).

Es conforme a esto, que la guerra de 2025 fue detonada tras una serie de ataques con drones y misiles cruzados, que superaron los umbrales de contención tradicionales. El asesinato de altos comandantes de la Guardia Revolucionaria por parte de Israel, y el bombardeo iraní sobre Tel Aviv, precipitaron una respuesta militar directa inédita. A diferencia de los conflictos anteriores, esta vez no se limitó al uso de proxies, sino que involucró acciones estatales directas, lo cual rompe en cierto sentido, la metodología usada por Irán durante los últimos años.

Si bien, se entienden las causas estructurales expuestas anteriormente, la lucha entre Israel e Irán debe entenderse como parte de una competencia más amplia por la hegemonía

³⁵ El panarabismo es una creencia política que se basa en la idea de que todos los países árabes tienen que estar unidos bajo un mismo Estado.

en Medio Oriente. Irán, especialmente desde la caída de Saddam Hussein en 2003 durante la guerra de EE. UU y sus aliados, ha buscado llenar los vacíos de poder en Irak, Siria y Líbano, consolidando un "eje de resistencia" chiita. Esta expansión, que se apoya en milicias y gobiernos aliados, amenaza lo que Israel considera su "periferia estratégica", es decir, el espacio inmediato fuera de sus fronteras desde donde pueden operar actores hostiles y afectar sus intereses, pero principalmente, su seguridad nacional. En respuesta, Israel, ha adoptado una estrategia de contención activa, mediante un centenar de ataques aéreos en Siria contra posiciones iraníes y de Hezbolá, también con la ejecución de operaciones selectivas sobre científicos nucleares y la potenciación de su cooperación con países árabes sunnitas, tales como Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos (Cohen, 2025).

Es por lo anterior, que se puede evidenciar uno de los principales factores estructurales del conflicto, el que se ve expresado por el programa nuclear iraní. Factor relevante ya que, Israel considera inaceptable que Irán adquiera armas nucleares, lo que alteraría el equilibrio estratégico regional e imposibilitaría una disuasión efectiva por su parte, como también, le entregaría a Irán una capacidad para negociar diplomáticamente mucho más firme. Desde esta perspectiva, el "nivel de amenaza existencial" es tal que, justifica una política de negación preventiva, incluso por medios unilaterales.

Esta política se refleja en la Doctrina Begin³⁶, formulada en los años 80, que establece que Israel no permitirá que ningún país hostil en la región desarrolle armas nucleares por el costo que podría tener desde la presión militar que se llevaría a cabo, pero, sobre todo, por la necesidad de supervivencia del estado de Israel. Bajo este principio, Israel destruyó el reactor nuclear iraquí Osirak en 1981, bombardeó un reactor sirio en 2007, atacó junto a EE.UU. el proyecto nuclear durante el mes de junio y ha advertido públicamente que volvería hacer lo mismo con Irán si es necesario (Mansour, 2024). Por su parte, Irán justifica su programa como un derecho soberano bajo el Tratado de No Proliferación (TNP), aunque diversos informes del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) y servicios de inteligencia occidentales indican que ha desarrollado capacidades que podrían permitirle alcanzar umbral nuclear en corto plazo.

Aunque Israel es militarmente más avanzado, con capacidad nuclear no declarada y superioridad tecnológica, Irán ha compensado esta brecha mediante estrategias indirectas: guerras subsidiarias, guerra cibernética, proliferación de misiles balísticos y saturación mediante ataques de múltiples vectores. Así, la guerra entre ambos ha sido en gran parte

³⁶ Formulada en los años 80, esta establece el desarrollo "de ataques preventivos, Israel ha impedido que sus potenciales adversarios puedan desarrollar ingenios nucleares susceptibles de alterar el monopolio israelí" (Colom, 2011, p. 65).

una guerra de "quinta generación", en la que la línea entre guerra abierta y conflicto latente se diluye. La dimensión cibernética ha cobrado protagonismo: el virus Stuxnet (2010), presuntamente desarrollado por EE. UU. e Israel para sabotear las centrifugadoras iraníes, marcó el inicio de una nueva era. Desde entonces, ambos países han desarrollado capacidades de guerra electrónica y ciberataques a infraestructura crítica.

Consecuente con lo anterior, en los años previos a la guerra de 2025, el entorno regional fue cada vez más volátil. La normalización de relaciones entre Israel y varios países árabes (Acuerdos de Abraham, 2020³⁷) aisló aún más a Irán, que respondió intensificando sus vínculos con Hamás, Hezbolá y los hutíes. Estos grupos comenzaron a operar con mayor coordinación, lanzando ataques desde múltiples frentes: Gaza, Líbano, Siria, Irak y Yemen. El asesinato del general Qasem Soleimani en 2020 por parte de EE. UU., con apoyo logístico israelí, fue un punto de inflexión. Desde entonces, Irán ha estado reconstruyendo su red de represalias estratégicas, lo que condujo a una acumulación de tensiones que finalmente estallaron en 2025 tras una serie de provocaciones mutuas.

Tanto Israel como Irán han utilizado el conflicto como instrumento de cohesión nacional. Para el régimen iraní, la confrontación con Israel fortalece su legitimidad revolucionaria, permite distraer la atención de las crisis económicas internas, y moviliza a su base ideológica. Para los gobiernos israelíes, especialmente en momentos de fragmentación política interna, la amenaza externa se convierte en unificadora, justificando medidas de excepción y legitimando una política de seguridad robusta, demostrando por ambas partes una asimetría en los medios y una simetría en las estrategias.

El colapso del orden post-Primavera Árabe desde la mirada de Israel

La Primavera Árabe, iniciada en 2010 en África del Norte y Medio Oriente, representó para muchos observadores una oportunidad para la democratización y modernización del mundo árabe. Sin embargo, desde la perspectiva estratégica de Israel, los levantamientos populares y el consecuente colapso del orden regional representaron una profunda fuente de inestabilidad e incertidumbre, especialmente al socavar regímenes autoritarios con los cuales el Estado israelí mantenía relaciones, tácitas o formales, de coexistencia estratégica.

Antes de la Primavera Árabe, Israel había logrado establecer una red de relaciones pragmáticas con varios regímenes árabes: Egipto, bajo Hosni Mubarak; Jordania, con la

³⁷ La firma de los Acuerdos Abraham, que supuso la normalización y el establecimiento de relaciones diplomáticas entre dos naciones del Golfo, Emiratos Árabes Unidos (EAU) y Bahrein, y el Estado de Israel, en septiembre de 2020.

monarquía hachemita; y, en menor grado, incluso con regímenes baazistas seculares³⁸ como el de Bashar al-Assad en Siria. Aunque estos regímenes no eran aliados en sentido estricto, ofrecían un entorno predecible y controlado, fundamental para la doctrina israelí de seguridad nacional. El derrocamiento de Mubarak, la guerra civil en Siria, la desintegración de Irak y Libia, y la radicalización del conflicto en Yemen fueron interpretados por Israel como un cambio de estructuras del orden regional tradicional, reemplazado por el ascenso de actores no estatales islamistas (como Hamás, Hezbolá, al-Qaeda y posteriormente el Estado Islámico), que no respondían a las lógicas convencionales de disuasión interestatal, demostrando un claro movimiento desde la estabilidad autoritaria a un caos regional.

Uno de los elementos más preocupantes para Israel ha sido la erosión del concepto de soberanía estatal nos referimos a que el Estado central ha perdido la capacidad efectiva de ejercer autoridad sobre todo su territorio, permitiendo la aparición de poderes paralelos, como milicias o grupos terroristas que imponen su propio orden, como en varios países árabes. Siria, Irak, Yemen y Libia se han fragmentado en entidades tribales, religiosas o sectarias, muchas veces controladas por milicias o proxies financiados por actores externos como Irán o Turquía.

Desde la mirada israelí, este proceso ha generado “zonas grises” de gobernanza — espacios donde no hay un actor soberano claro, y donde operan milicias que pueden lanzar ataques, almacenar armamento o facilitar el tráfico transfronterizo—. El norte del Sinaí, la región del Golán sirio, el sur del Líbano y zonas de Irak son percibidas como focos de amenaza permanente para la seguridad israelí, como así mismo, la mirada que tiene por sobre este debilitamiento del “Estado -nación árabe”

Por otra parte, otro motivo de inquietud para Israel ha sido que el colapso del orden árabe tradicional ha abierto amplias avenidas para la proyección iraní. Con la destrucción del Estado iraquí tras la invasión de EE. UU. en 2003, y el debilitamiento sirio tras 2011, Irán ha consolidado su “corredor terrestre” desde Teherán hasta el Líbano. Israel ha observado con creciente preocupación cómo, en ausencia de contrapesos árabes fuertes producto de la primavera árabe, Irán ha penetrado profundamente en espacios antes hostiles o neutrales, desplegando milicias chiitas, arsenales de misiles, radares y bases avanzadas. La presencia de la Fuerza Quds en Siria, el rearmamento de Hezbolá y la capacidad misilística de los hutíes en Yemen son, para Israel, síntomas directos del fracaso del orden

³⁸ Los “baazadistas seculares” se refiere a los miembros del partido baazista, que priorizaban la unidad panárabe y el socialismo no marxista en un marco nacionalista secular.

post “Sykes-Picot”³⁹ tras la Primavera Árabe (Cohen, 2025), pasando a ser una oportunidad muy bien aprovechada por el régimen iraní.

En respuesta a este escenario complejo, Israel ha adoptado una política exterior basada en dos pilares:

- **Contención activa**, a través de campañas encubiertas, ataques preventivos y operaciones de inteligencia contra la expansión iraní y de grupos armados hostiles.
- **Diplomacia selectiva**, mediante acuerdos con regímenes árabes pragmáticos (EAU, Bahrein, Marruecos, y conversaciones con Arabia Saudita), que comparten su temor al vacío regional y a la amenaza iraní. Este realineamiento, visible en los Acuerdos de Abraham (2020), ha permitido a Israel romper su aislamiento diplomático tradicional sin resolver el conflicto palestino.

Es así como, el conflicto ha obligado a los estados de la región a redefinir sus doctrinas de seguridad. Israel ha fortalecido su estrategia de disuasión activa, ampliando su doctrina “Octopus” —según la cual no basta con atacar los tentáculos (proxies), sino que hay que dañar la cabeza (Irán)— (Cohen, 2025). Esto ha implicado el uso intensivo de medios cibernéticos, drones de largo alcance, y ataques preventivos coordinados.

Irán, por su parte, ha reformulado su doctrina de “defensa adelantada” para incluir acciones de ofensiva limitada directa, como se evidenció en sus ataques balísticos, este modelo le permite a Irán aplicar una estrategia de “defensa adelantada”, llevando la confrontación lo más lejos posible de sus fronteras, saturar el entorno de Israel con frentes activos, y desgastar a su adversario sin asumir el costo político y militar de una guerra directa. (Byman, 2020, p. 112). Además, ha intensificado su cooperación militar con grupos no estatales, incorporando capacidades tecnológicas y armamento de precisión. Se vislumbra una creciente simbiosis entre Estado y proxies en su arquitectura de defensa. Ambos países han comenzado a invertir en capacidades autónomas (IA, ciberdefensa, satélites) que les permitan disuadir sin depender exclusivamente de alguna potencia mundial, de esta manera el nuevo tablero militar regional será más tecnificado, multidominio y descentralizado.

En consecuencia, desde la mirada israelí, la Primavera Árabe no fue un despertar democrático, sino una “tormenta geopolítica” que debilitó Estados vecinos, favoreció a Irán y generó un entorno estratégico mucho más volátil. La pérdida de interlocutores estables y la proliferación de amenazas no estatales han llevado a Israel a adoptar una política exterior

³⁹ El Acuerdo Sykes-Picot, conocido oficialmente como el Acuerdo de Asia Menor, fue un acuerdo secreto entre Reino Unido y Francia para definir las propuestas de esferas de influencias y control de los dos países en el Oriente en el caso de que la triple entente obtuviera la victoria en contra del Imperio Otomano en la Primera Guerra Mundial.

más ofensiva, a reforzar su estrategia de disuasión en el multidominio, y a construir una nueva red de alianzas regionales sin precedentes en su historia.

Reconfiguración de alianzas: entre el pragmatismo y la rivalidad ideológica

Como se señalara anteriormente, una de las consecuencias más visibles del conflicto Israel- Irán ha sido la reconfiguración de las alianzas regionales. La política tradicional de bloques ha dado paso a alianzas pragmáticas y a veces contradictorias. Arabia Saudita, que había iniciado un proceso de acercamiento con Israel bajo el paraguas de los Acuerdos de Abraham, se ha visto forzada a matizar su posición ante las presiones internas y el repudio popular al conflicto. Por otra parte, uno de los actores importantes que figuran en el tablero sin duda es Turquía, quien ha jugado un rol desde dos posiciones, buscando posicionarse como mediador mientras mantiene vínculos con facciones islamistas y rivales de Israel. Qatar, por su parte, ha reforzado su papel como diplomacia de soft power, facilitando canales humanitarios y diplomáticos, especialmente con Hamás y Hezbollah.

La participación de las potencias globales también ha mutado. Estados Unidos ha reafirmado su compromiso con la defensa de Israel, pero con menos entusiasmo estratégico que en décadas anteriores. El pivote hacia Asia y la fatiga militar acumulada en Afganistán e Irak han mermado su margen de acción (Kupchan, 2022). Su liderazgo es ahora más ambiguo, especialmente por sobre China, quien junto a Rusia han fortalecido sus relaciones con Irán, aunque con matices. Moscú busca mantener a Teherán como aliado táctico en Siria y como contrapeso a Occidente, mientras que Pekín privilegia la estabilidad energética y comercial a través de la Ruta de la Seda. Estados Unidos, en cambio, ha enfrentado crecientes desafíos para sostener su tradicional liderazgo, evidenciado en su dificultad para contener simultáneamente a Irán, Rusia y China.

Pekín por su parte, ha optado por una diplomacia basada en la neutralidad activa, promoviendo su rol como mediador e impulsando el comercio energético. Su acercamiento reciente a Irán —como parte del BRI y acuerdos de seguridad— sugiere una apuesta por la estabilidad, pero también por la influencia estructural a largo plazo (Rolland, 2017).

Rusia, más pragmática, ha utilizado el conflicto para reforzar su presencia en Siria y posicionarse como contrapeso frente a la OTAN. Su alianza con Irán es táctica, pero no ideológica. Moscú ha buscado mantener canales con Israel para evitar choques accidentales en el teatro sirio.

Estrecho de Ormuz: geopolítica del estrangulamiento

El Estrecho de Ormuz, ubicado entre Irán y Omán, es uno de los cuellos de botella energéticos más estratégicos del planeta. Por este paso marítimo transita alrededor del 20% del petróleo mundial y casi un tercio del gas natural licuado (GNL), lo que lo convierte en una zona crítica para la seguridad energética global (EIA, 2025). Cualquier perturbación en su operatividad, incluso menor, tiene efectos inmediatos sobre los precios del crudo, las rutas comerciales internacionales y la percepción de riesgo geoestratégico global.

Desde hace más de dos décadas, Irán ha convertido el Estrecho de Ormuz en el centro neurálgico de su estrategia de disuasión asimétrica, mediante la militarización progresiva del litoral y el desarrollo de capacidades navales irregulares. La Guardia Revolucionaria Islámica (IRGC) dispone de una flota de lanchas rápidas, submarinos costeros, misiles antibuque y minas navales, capaces de hostigar o interrumpir el tráfico comercial sin necesidad de declarar una guerra abierta (Cordesman, 2020, p. 73). Este tipo de poder se basa menos en la confrontación directa y más en la coerción latente. Irán busca mantener la amenaza de cierre del estrecho como un instrumento de presión estratégica ante posibles agresiones externas, demostrando su poder de disuasión naval.

Durante los hechos ocurridos recientemente, Irán recurrió a una estrategia de señalización disuasiva en Ormuz. Sin llegar al cierre total —lo que habría activado represalias militares masivas— ejecutó acciones indirectas, como el hostigamiento a buques petroleros vinculados a empresas occidentales e israelíes, simulacros de bloqueo, y el despliegue de drones sobre plataformas energéticas en el Golfo de Omán (International Crisis Group, 2025).

Estas acciones generaron efectos inmediatos en los mercados: el precio del barril de petróleo Brent superó los 100 dólares, y las tasas de seguros marítimos se duplicaron para los barcos que transitaban por la zona. La volatilidad provocó respuestas de emergencia por parte de la OPEP+, Japón y Estados Unidos, que intentaron compensar las posibles disrupciones. Los países del Golfo Pérsico enfrentaron un dilema estratégico. Si bien la mayoría respalda indirectamente a Israel en su oposición a Irán, también son conscientes de su vulnerabilidad geográfica y energética ante un posible bloqueo iraní. En consecuencia, se movieron con cautela, reforzaron sus sistemas de defensa aérea y naval, y activaron mecanismos de coordinación de seguridad con EE. UU. y el Reino Unido, que aumentaron su presencia militar en Bahrein y el mar Árabe.

A raíz del conflicto, se acentuó la militarización del Golfo de Omán y del estrecho de Ormuz, con el despliegue de nuevos grupos navales, patrullas de drones marítimos y submarinos estadounidenses. Al mismo tiempo, se reactivaron los esfuerzos para reducir la dependencia de esta ruta. Sin embargo, ninguna de estas soluciones puede sustituir en el

corto plazo la magnitud de flujos energéticos que circulan por Ormuz. Por ello, su estabilidad sigue siendo una prioridad crítica para el sistema internacional.

En síntesis, es posible ir describiendo como la guerra entre Israel e Irán ha agudizado la fragilidad del Estrecho de Ormuz como punto geopolítico de estrangulamiento, exponiendo las vulnerabilidades del sistema energético mundial ante las nuevas formas de conflicto híbrido. Irán ha reforzado su rol de actor disruptivo en la seguridad marítima global, mientras que las potencias occidentales y los países árabes del Golfo intentan preservar el statu quo sin cruzar el umbral de una guerra abierta.

Escenarios futuros: contención, escalada o fragmentación

Tras la guerra entre Israel e Irán de 2025, el tablero geopolítico de Medio Oriente se encuentra en un punto de inflexión. La intensidad del conflicto según lo antes expuesto en este artículo, con el involucramiento de múltiples actores —estatales y no estatales— y la naturaleza híbrida de la confrontación han dejado una región profundamente desestabilizada, pero no completamente redefinida. En este contexto, se vislumbran tres posibles grandes escenarios prospectivos para la evolución regional los que se denominaran en este artículo como: la contención estratégica, escalada regional o fragmentación prolongada. Cada uno conlleva implicancias diferentes para la seguridad internacional, la diplomacia global y el sistema de alianzas vigente.

Escenario I: Contención estratégica

En este escenario, las partes enfrentadas podrían lograr alcanzar, explícita o implícitamente, una forma de entendimiento limitado que impide una nueva guerra abierta, pero sin resolver las causas estructurales del conflicto. Esta lógica reproduce, en términos regionales, la doctrina de la disuasión mutua, similar a la Guerra donde ambos actores se reconocen como potencias hostiles pero racionales, capaces de infligir daño inaceptable si se ven atacadas. (Miller, 2025, p. 49)

Israel mantendría su estrategia de disuasión multidominio, basada en la superioridad tecnológica, inteligencia anticipativa y capacidad de golpe quirúrgico. Irán, por su parte, preservaría su red de proxies y su poder de retaliación en múltiples frentes, usando estos como “seguros geoestratégicos” ante una ofensiva directa, sin embargo, no se puede dejar de tener presente, el duro golpe dado por Israel a todas las fuerzas ligadas a régimen iraní.

Así mismo, los actores externos, en particular Estados Unidos, China y Rusia, desempeñarían un rol clave en garantizar esta contención, ejerciendo presión diplomática,

disuasión militar o incentivos económicos para mantener la tensión por debajo del umbral de guerra abierta. (Miller, 2025, p. 52)

Este escenario permitiría una cierta normalización parcial de relaciones interestatales, favoreciendo la cooperación selectiva en temas como seguridad energética, estabilización de Siria o lucha contra grupos jihadistas. Sin embargo, la paz sería siempre frágil y vulnerable a incidentes no controlados o errores de cálculo.

Escenario II: Escalada regional

En un escenario más pesimista, la guerra Israel-Irán funciona como detonante de una gran confrontación regional entre bloques rivales. Irán moviliza masivamente a sus aliados no estatales (Hezbollah, milicias iraquíes, hutíes y Hamás), mientras Israel responde con fuerza total en varios frentes, provocando reacciones en cadena. En este marco, otros países pudiesen ser arrastrados:

- Siria y Líbano colapsan como entidades funcionales.
- Arabia Saudita y Emiratos son atacados por los hutíes o por proxies iraquíes.
- Turquía interviene en el norte de Siria para contener el caos o defender sus intereses nacionales.
- Estados Unidos se ve obligado a intervenir directamente, reactivando su presencia militar en Irak o el Golfo.

Este escenario implicaría una regionalización del conflicto, donde los Estados árabes del Golfo, potencias no árabes como Turquía, e incluso potencias extra-regionales, se verían involucradas en una guerra a múltiples niveles. Las consecuencias incluirían:

- Aumento descontrolado de refugiados y desplazados.
- Colapso de rutas comerciales y crisis energética global.
- Multiplicación del terrorismo transnacional.
- Ruptura del sistema internacional de seguridad colectiva en Medio Oriente.

“Si la guerra entre Israel y Irán se descontrola, podría desencadenar la conflagración militar más peligrosa en la región desde 1973”.(Nasr, 2024, p. 88)

Escenario III: Fragmentación prolongada

Una tercera posibilidad es la consolidación de un escenario de fragmentación regional crónica, donde no hay guerra abierta total ni paz estable. En este caso, las estructuras estatales débiles o colapsadas se convierten en zonas de guerra híbrida

persistente, donde grupos armados, tribales o religiosos, disputan el control territorial de manera constante.

Bajo esta hipótesis, el conflicto se desplazaría hacia formas de guerra proxy, sabotaje, ciberconflictos, terrorismo y subversión política, operando en la penumbra estratégica, sin líneas de frente claras. La disolución de la soberanía estatal se aceleraría en países como Líbano, Irak, Siria o Yemen, creando espacios ingobernables aprovechados por actores como:

- Hezbolá como actor político-militar regional.
- Hamás como núcleo ideológico anti-Israel en Gaza y Cisjordania.
- Grupos jihadistas como ISIS, que resurgen en zonas descontroladas.
- El crimen organizado transnacional, que se infiltra en las rutas logísticas y de armas.

Este escenario de “balcanización controlada” afectaría también a potencias como Israel, que se vería obligada a operar en múltiples entornos irregulares sin posibilidad de victorias estratégicas concluyentes. Sería una guerra eterna de baja intensidad, con altísimos costos humanos, políticos y financieros.

Además, la fragmentación prolongada debilitaría la capacidad del derecho internacional para operar, erosionaría los mecanismos multilaterales de paz y abriría la puerta a la intervención informal de actores externos con agendas propias.

Conforme a lo antes expuesto, ninguno de estos escenarios implica una resolución definitiva. En realidad, podrían combinarse: contención en ciertas áreas (como el Golfo), fragmentación en otras, y escaladas puntuales no previstas. Como afirma Fawaz Gerges (2025), “el futuro de Medio Oriente no es lineal ni binario, sino una superposición de crisis, donde la estabilidad es siempre transitoria”.

Tabla N°1: *Síntesis y Evaluación comparada.*

Escenario	Probabilidad	Implicancias clave
Contención estratégica	Media-Alta	Disuasión mutua, normalización parcial, tensión latente.
Escalada regional	Media-Baja	Guerra multilateral, crisis energética, intervención internacional.
Fragmentación prolongada	Alta	Guerra híbrida permanente, colapso estatal, auge de actores no estatales.

Nota: Elaboración propia

En suma, el conflicto Israel-Irán desde sus orígenes, no es fruto de una provocación puntual, sino de una acumulación de tensiones estructurales. Está arraigado en una rivalidad ideológica, estratégica y tecnológica de largo plazo. La guerra de 2025 no puede interpretarse como un evento aislado, sino como una expresión de una lógica de confrontación sistémica, en la que se entrelazan doctrinas de seguridad, geopolítica regional y narrativas de legitimidad nacional.

Conclusión

La guerra entre Israel e Irán de 2025 ha puesto de manifiesto no solo la intensidad de la rivalidad entre dos potencias regionales con visiones antagónicas del orden político y religioso, sino también la transformación radical del entorno estratégico de Medio Oriente. El conflicto evidenció la erosión del concepto clásico de soberanía estatal, el auge de la guerra híbrida como nuevo paradigma bélico, y la consolidación de una red de alianzas y enfrentamientos que desbordan los límites tradicionales del enfrentamiento interestatal.

Lejos de resolverse en el campo de batalla, la disputa entre Israel e Irán ha abierto un abanico de posibles escenarios que van entre la contención estratégica, la escalada regional y la fragmentación prolongada. Todos estos caminos conllevan riesgos importantes para la estabilidad internacional, desde la interrupción del flujo energético global en puntos críticos como el Estrecho de Ormuz, hasta el fortalecimiento de actores no estatales con agendas desestabilizadoras.

Es así como el presente artículo, entrega una mirada de como el nuevo tablero geopolítico que emerge tras esta guerra, no puede analizarse únicamente de manera regional: las acciones de potencias externas como EE.UU., China y Rusia, así como las respuestas de los Estados árabes del Golfo, serán determinantes en la evolución del conflicto. La confrontación entre Israel e Irán simboliza, en última instancia, el choque entre lógicas estratégicas opuestas en un mundo donde la seguridad, la influencia y la legitimidad ya no se juegan exclusivamente en el plano militar tradicional, sino también en el tecnológico, el ideológico y el diplomático.

Referencias

- Byman, D. (2020). *Road warriors: Foreign fighters in the armies of jihad*. Oxford University Press.
- Cohen, A. (2025). *Israel's evolving deterrence strategy: From Iron Dome to cyber dominance*. Tel Aviv University Press.
- Colom, G. (2011). Los límites del paradigma estratégico israelí. *UNISCI Discussion Papers*, 26, 59–73.
- Cordesman, A. H. (2020, January 13). The Gulf and Iran's capabilities for asymmetric warfare. Center for Strategic and International Studies. <https://www.csis.org/analysis/gulf-and-irans-capabilities-asymmetric-warfare>
- Energy Information Administration. (2025, June 16). Amid regional conflict, the Strait of Hormuz remains a critical oil chokepoint. <https://www.eia.gov/todayinenergy/detail.php?id=65504>
- Gerges, F. A. (2025). *The great betrayal: The struggle for freedom and democracy in the Middle East*. Princeton University Press.
- International Crisis Group. (2025, June 14). The grim reality of the conflict between Iran and Israel. <https://www.crisisgroup.org/middle-east-north-africa/gulf-and-arabian-peninsula/iran-israelpalestine/grim-reality-conflict-between-iran-israel>
- Kupchan, C. A. (2022). *The end of the American era: U.S. foreign policy and the crisis of the old order*. Oxford University Press.
- Mansour, K. (2024). Proxy wars and regional hegemony: Iran's shadow strategy in the Middle East. *Journal of Strategic Studies*, 200–225.
- Miller, A. (2025). Containment: Strategic stalemate in the Iranian–Israeli rivalry. *Foreign Affairs*, 45–56.
- Nasr, V. (2024). *The Shia revival revisited: Iran, sectarianism, and the changing Middle East*. Council on Foreign Relations.
- Rolland, N. (2017). *China's Eurasian century? Political and strategic implications of the Belt and Road Initiative*. National Bureau of Asian Research.